

cuentro en mi fiel memoria el camino cortado por la palestra que conduce al Ilisso; el arroyo, al borde del cual se asentaba Sócrates para que le acompañase con el melodiosísimo susurro en las profundas meditaciones; el sol, inclinándose desde su cenit hacia el punto donde se alzaba el templo de Teseo; las aguas canoras del Cefiso, que componen, como si los hilos de sus linfas fuesen cuerdas de un arpa, verdaderas odas; las pendientes del alto Lycabets, que fluyen mieles y pensamientos; la roca donde flamea el seguro de Atenas que dicen Acrópolis; la gentil y áurea lanza de Minerva, tras la cual se descubre, allá en el mar lejano, la celeste bahía de Salamina, donde se ahogaron los déspotas y vencieron, para gloria y ornato del mundo, la libertad y la república. No es aquesta, no, la filosofía de Aristóteles, desceñida por completo de todo ropaje artístico, y atenta, más que á las ideas abstrusas, á las relaciones entre los conceptos y los seres, aprendidas en una reconcentrada experiencia. El carácter poético é idealista de Platón le llevara por necesidad á un sistema político inspirado en vagas utopias, mientras el carácter experimental de Aristóteles le llevara por necesidad á una política de observación y experiencia. No sabemos quién aconsejó, entre padre y madre, la elección de Aristóteles para instruir al príncipe Alejandro. Una carta

corre como de Filipo encargando al filósofo la educación del hijo; pero huele tanto á hecha por un retórico artificiosamente, que la considera el sentido vulgar apócrifa. Si Olimpias influyó mucho en este, como en los otros asuntos, bien puede asegurarse que moderó la educación por ella sugerida y arreglada. Para contrastar los ímpetus de un temperamento exaltado y poner algún concierto en espíritus donde reinaban los ensueños órficos excitados por la sensualidad propia de las liturgias báquicas, no conozco en el mundo ningún calmante comparable á la filosofía de Aristóteles, toda ella experimental y práctica. En primer lugar el filósofo estagirita no busca los tipos y arquetipos como su maestro, busca en sus indagaciones los seres, y á lo sumo, las especies en que los seres se juntan y sistematizan. La relación del conocedor con lo conocido señorea toda su ciencia. La historia natural es acaso uno de los primeros ramos del saber en la filosofía peripatética. Las sublimes disciplinas pasadas á la posteridad con el célebre nombre de acromáticas refrenaron, á no dudarlo, un espíritu desenfrenado en las magias y en las teogonías orientales. Cuéntase por sus biógrafos antiguos que Alejandro cultivó la ciencia de Aristóteles hasta el extremo de prohibirle con severidad la divulgación de sus obras, á fin de gozarlas él solo, como si los

reinos de la ciencia pudiesen someterse á un rey cual se someten los reinos de la tierra. Mas lo que principalmente influyó en la vida y obra de Aristóteles fué su estudio profundísimo de la moral en sus aplicaciones á la política, pues si ésta enseña el arte de regir á los demás, aquélla la ciencia de regirse uno á sí mismo. Y no se rigiera con tanto empeño Alejandro, no dominara en tantas circunstancias de su vida el desordenado tropel de sus pasiones exaltadísimas, no se acomodara como se acomodó á cuanto pedían las circunstancias y los climas, no se distinguiera tanto por su moderación en la victoria como por su tenacidad en alcanzarla, si el maestro no hubiese aplicado toda su metafísica experimental á las leyes morales y todas las leyes morales al gobierno y dirección de los pueblos.

No puede, no, dudarse que Aristóteles ha clasificado las ciencias en el mundo antiguo como ningún otro y las ha definido en observaciones profundísimas, que permanecerán como una revelación verdadera. Nadie ha reparado tan bien las diversas características de los varios gobiernos ni las ha definido con tal exactitud. Sus observaciones acerca de los males que pueden perder cada clase de gobierno, quedan hoy como rigurosos apotegmas políticos de todo punto inenmendables. «Se perderá, decía, todo gobierno absoluto por el despotis-

mo, todo gobierno medio por la oligarquía, todo gobierno radical y democrático por la demagogia.» Yo no creo que hombre ninguno haya en la tierra medido con tanta exactitud lo que debe cada política en su desarrollo al medio de que brota y á las circunstancias impulsoras ó determinantes. Un observador así, de tal profundidad, acompañó al conquistador desde su niñez hasta su expedición al Asia, en que no quiso acompañarle. Pero, estudiando con su atención reconcentrada el estado que tenía su discípulo, dióle sabia fórmula, cuyos términos resplandecen todavía como nimbo de luz ideal en su alma inspiradísima. Comprendiendo la diferencia entre la civilización madura de los griegos avezados por su complexión privilegiadísima y por su historia ilustre á la fecunda libertad, díjole que no pretendiera una dominación en ellos, imposible, atentatoria tristemente á sus consuetudinarios derechos, é irrealizable por ende, y se contentase con la dirección intelectual y moral conocida bajo el nombre modestísimo de una sabia hegemonía. Mas viendo luégo la diferencia entre la civilización de los helenos y la civilización de los persas, y el abismo que mediaba entre una conciudadanía y una conquista, sugirió al conquistador la idea de tratar á los helenos como conciudadanos y á los persas como vencidos. El profundo pensador heleno

no, vista la superioridad incontestable de su patria en todo, atribuía la sin razón á lo más material y grosero, al clima, como si fuesen los humanos simples productos naturales. Creía valerosos á los habitantes del Norte, pero poco aptos para la sociedad; y muy sociables á los hombres del Asia, pero poco aptos para la libertad. El heleno, participando de las dos razas, independiente como los hombres del Norte, sociable como los hombres del Mediodía, tiene las aptitudes y capacidades necesarias para dirigir y gobernar con acierto á unos y otros. Por consiguiente, Aristóteles aconsejaba respetar las instituciones griegas y someter los pueblos asiáticos. En éstos y en aquéllos deseaba la estabilidad. Pero, conociendo que alguna razón había de procurar al establecimiento de autoridad tan alta y tutela tan enorme como las del rey macedón sobre las gentes todas, después de aseverar que se gobiernan estas mejor en la igualdad nativa de sus derechos, añadía este acertijo: «el de que allí donde un hombre supera en mucho á los demás, hay precisión de fiarle por fuerza el supremo poder.» Sus afirmaciones llegaban hasta creer los grandes hombres, no solamente superiores á las leyes, sino la ley misma en sustancia, y comparar los que les piden parte alguna en el gobierno á las liebres pidiendo un trozo en los despojos hechos por la fuerza y

por la pujanza del león. El sentimiento que allá en su interior experimentaba del propio valer Alejandro, bastaba de seguro á mantenerlo en esa especie de natural ensoberbecimiento, por cuya virtud se creía como un Dios. Bien es cierto que muchos á una, sin ser él, ni estar en las intimidades hondísimas de su espíritu, le daban también esos caracteres sobrenaturales. Polibio decía que superaba la medida de lo humano el genio de Alejandro. Y, por consecuencia, no debe maravillarnos de ningún modo si nacido en circunstancias tan milagrosas; por conquistador de muchos alientos engendrado; parido por madre soberbia y de ambiciones desahogadas; puesto primero á la cabeza del mundo heleno, que representaba la cúspide culminante del humano espíritu, y considerándose luego tan superior á los asiáticos, cual se consideran los humanos superiores á plantas y animales, soñase con avasallar al mundo entero, y reuniendo en sus brazos el Oriente con Grecia, como en lecho nupcial, confundirlos, á guisa de Dios, para transformarlos, al soplo de su espíritu.

Mas lo que principalmente prestó al conquistador su carácter aventurero fué la vida conyugal entre padre y madre, dados á disonancias continuas. Olimpias estaba poseída por pasión predominante, mejor dicho, por la suma de pasiones en

espíritu altivo señoreadas, que se denominan á una en lengua vulgar ambición. Su alma de madre había con profético presentimiento adivinado el ministerio traído por Alejandro á la vida. Y viendo la desproporción puesta por naturaleza entre hijo y padre, libró sobre aquél todas sus esperanzas de imperio y dominación. Recién casados no más, entendió Filipo cuánto errara en elegir aquella mujer. Los temperamentos iguales desconciertan en los matrimonios. El rey macedonio había menester una esposa casera, delicada, muy mujer, y se veía con una sabia, con una sacerdotisa, con una colosal amazona, cuyos gustos diferían poco de sus gustos, y que sus ejercicios militares y políticos emulaba con porfiada continua emulación. Bien pronto se disgustó de su temperamento y se desarmó de su trato. A mayor abundamiento, las costumbres órficas y báquicas, que la llevaban á un contacto estrechísimo con la serpiente, repelíanle de su lecho y de su lado. El amor, necesario á todos los seres animados, impera con soberanía despótica en el ánimo de los guerreros. Entre la fuerza destructora que mata y la fuerza creadora que genera se han repartido el mundo animal y orgánico como entre las fuerzas de atracción y las fuerzas de repulsión la mecánica de moles y luminaires. Una complexión heroica pide una complexión deli-

cadísima para su complemento y para su equilibrio. Por consecuencia, nada tan ocasionado á repulsiones como encontrarse Olimpias y Filipo con el mismo temperamento guerrero y la misma propensión al goce de las dominaciones incontrastables y absolutas. De aquí una diversión mutua en los sendos afectos de ambos esposos. Olimpias, á quien muchos calumniaran atribuyéndole mentidos amores con un rey proscrito y lanzado del trono y del territorio egipcio por azares de la fortuna, concentró su actividad toda en la educación de Alejandro, donde hallaban objeto sus ambiciones y pasto sus esperanzas. Mas Filipo no podía en esta obra capital absorberse, por lo mismo que la impedían sus mayores cuidados y que la llevaba con todo su ánimo esposa implacable y aborrecida. Bien pronto, pues, aquel estado tristísimo de los dos reyes cayó en una irremediable desavenencia, precursora del divorcio. Filipo, á consecuencia de la separación moral entre ambos cónyuges, se prendó perdidamente de Cleopatra, una florida doncella de tierno corazón y acabada hermosura, sobrina del célebre Atalo; pidiósele en matrimonio, resuelto como estaba de antiguo á un repudio. Imaginaos la cólera de Olimpias viéndose, no sólo despedida de aquel palacio donde tanto imperio ejerciera, sino contrariada en la educación de su

hijo cuando éste daba mayores promesas. A tal fecha, no solamente su industria en la retórica le sugería una elocuencia propia de los grandes oradores helenos, sino que había también aprendido la medicina profesada con la suma y síntesis de tantas otras ciencias por la mente universal de Aristóteles, en cuya familia dominó también Esculapio. Y no descuidaba Olimpias por esto los ejercicios corporales del adorado heredero. El día en que, traído un caballo de Tesalia, Bucéfalo, todos los picadores y jinetes de la corte marraron al montarle, de tal suerte que lo habían despedido por malogrado é inútil, y Alejandro supo contenerlo, refrenarlo, subirlo, quedó entre los suyos hasta por su agilidad y por su fuerza como el primero de los griegos. Su propio padre, con tal ocasión, le dijo que buscara otro reino mayor y más digno por parecerle á su grandeza estrecho y reducido el reino de Macedonia. Pues como quiera que Olimpias no se apartara un minuto del magno empeño, que consistía en favorecer la naturaleza por medio de la educación, indignóse mucho cuando los disgustos matrimoniales llegaron á perturbarla en sus oficios y á distraerla de su principal cometido. Todo el amor, con que debe corresponder en los matrimonios una esposa fiel á su marido, trocóse por aquellas circunstancias en odio, al cual co-

rrespondió Filipo proscribiéndola de su corte y ca-sándose con su rival. Imaginaos la ira de Olimpias.

Celebrábanse las fiestas de la boda con todo el esplendor propio de aquellos tiempos. Filipo quiso que Alejandro las presenciase, y, á pesar de su repugnancia, las presenció Alejandro. Muy disgustado iba, no sólo por razones políticas dimanadas del temor á competencias con hermanos futuros, por razones afectivas dimanadas del dolor que le inspiraban las tristezas de su madre, mal avenida con su destierro, por lo que tenía de pena y por lo que que tenía de destronamiento. Ardían la mirra y el incienso ante los dioses en olorosas nubes; sonaba la música de los festines; la corte, ceñida de guirnaldas y envuelta en lujosas telas, tendíase por los aparejados lechos; abrían el apetito los platos bien olientes y rebosaban en las copas los más exquisitos licores; aquí un bufón decía gracias; allí un atleta ejercitaba sus fuerzas; no lejos los esclavos de rodillas ofrecían, ya los pasteles, ya los aperitivos, mientras los coros cantan y bailan las jóvenes más hermosas de toda Grecia. Nada ofende tanto como el general regocijo á los tristes. Cítaras por un lado, flautas de dos tubos por otro, guirnaldas de flores por doquier, lechos tallados en limonero y cubiertos de telas preciosas, vasos esculpidos en oro y plata por los primeros artífices, copas de ám-

bar, canciones anacreónticas, música suave, sólo servían á disgustar más y más con los placeres que por doquier se difundían el atribulado espíritu de Alejandro, en cuyas orejas deslizara su madre, al despedirlo, amarguísimas palabras. ¡Cuán triste para el príncipe, después de haber gobernado á los dieceséis años ya el reino, cuando su padre dirigía el sitio de Bizancio, verse ahora proscripto juntamente con su madre, y volver de la proscripción tan sólo para presenciar el regocijo de aquellos á quienes había siempre aborrecido y la tristeza de aquellos á quienes siempre había amado, todo por culpa de su padre! Tachaba éste á Olimpias para justificar su desagrado, ya crónico de altivez y soberbia. Pero, cohonestase ó no el rey con razones valederas su proceder, es lo cierto que consumó el desdoro y el desprecio de su propia mujer llamando el hijo á las bodas. Estaban en las postrimerías del convite, donde usábanse desde los tiempos homéricos entusiastas brindis, cual nosotros los usamos ahora. Atalo, tío de la novia, movido en parte por los vinos y en parte por las ambiciones, alzóse á brindar, y dijo que debían pedir los macedones á los dioses concediesen muy en breve á Filipo sucesor legítimo en el nuevo matrimonio. Imaginaos cómo heriría este brindis irreverente al heredero de Filipo. La imagen de su madre, la injuria terrible

á su nombre y nacimiento inferidas, el menosprecio de su legitimidad incontestada, el natural recelo de un sucesor feliz y poderoso, todos estos afectos irritaron su irritable ánimo y se le subieron como los vapores de un vino embriagador á la cabeza, trastornándola de modo que le sugirió un desacato. Colérico de suyo y agraviado, cogió una copa y arrojóla sin respeto ninguno á la cabeza de Atalo para que no volviese nuevamente á llamarle borde. Atalo se defendió lanzando su copa también sobre la cabeza de Alejandro, y este cruce de objetos ricos, trocados en proyectiles como piedras lanzadas por las catapultas, perturbó el convite y escandalizó á los convidados. Filipo, irritado de que se le infiriese aquel desacato y se le perturbara la celebridad de tanto regocijo, dirigióse, desnuda la espada, encendido el rostro, ciegos los ojos, al sitio donde se hallaba su heredero, que lo pasara muy mal, de no haber sobrevenido á su padre intenso dolor causado por una herida en la pierna, el cual dolor le cortó la carrera y le derribó por el suelo, impidiéndole con su violencia el arrebatado castigo. Indudablemente á la interposición de los generales y de los ministros, unida con la vergüenza y la pena de haber caído en tierra, se debió el que Alejandro no muriera en ocasión tan triste. A pesar de su cólera y de sus iras, hubiese aguar-

dado al monarca y recibido la pena sin desacatarle ni ofenderle. Esto no obstó, sin embargo, para que, pasado el hecho, se holgase refiriéndolo entre los suyos el príncipe y dijese á los militares con acerbica crítica y amarguísimo sarcasmo cuál guía llevaban para conducirlos al Asia, quien difícilmente podía pasar de un pueblo á otro pueblo sin tropiezo, cuando no pasaba de un lecho á otro lecho sin caída. Las costumbres macedónicas asemejábanse mucho á las costumbres asiáticas. Los reyes tenían en sus cortes respectivas verdaderos harenes. Por ende muchos hermanos de todas procedencias competían con Alejandro. Y Olimpias, más ambiciosa cuanto mayor número de días contaba, y más susceptible á medida que iba recibiendo innumerables desengaños, no conocía reposo en el arte de conspirar y concitaba hijo contra padre. Tal era la situación de aquel matrimonio.

Dióle ocasión á sus empresas y á las satisfacciones de sus rencores el haber podido volver de nuevo á la corte de Filippo, donde los celos y las ambiciones le sugerían toda suerte de asechanzas al reino y al rey. Demarato, corintio de suma influencia, intercedió por hijo y madre, logrando al fin de Filippo, tras muchas instancias, aquel deseado regreso. Una vez en Pelas, que así llamaban la capital de Macedonia, Olimpias persuadió las ambiciones de su

hijo á que formara un gran partido, resuelto en su favor, y lo contrapusiera con decisión al partido formidable de su padre. Seguro ya del odio de éste, creíale Olimpias en el caso de granjearse, por medio de beneficios, con blandura y agrado, alianzas bastante poderosas á contrastar la malquerencia paterna. En sus siniestros pensamientos, aconsejábale Olimpias valerse con los fáciles de sus seducciones, con los tímidos de sus amenazas, con los fuertes de sus promesas, con todos arreo de sus dádivas. Filippo trataba siempre de ir desconcertando lo que Olimpias concertaba en el ánimo de su heredero. Cuando veía que lo industriaba en achaques de larguezas y dádivas, poníase furioso, pues las consideraba como lo peor factible: que no son de fiar los patricios adquiridos por presentes, más naturales en aquellos de inferior extracción, como ministros ó cortesanos, y poco decentes en quien todo lo debía granjear y obtener por su grandeza. Pero batallando siempre Olimpias con Filippo en el espíritu de Alejandro, le observaba cómo solía éste desaconsejarle de palabra lo mismo que le mostraba y enseñaba con ejemplos. El rey creyó toda su vida que no había cosa inaccesible al dinero, y, para confirmarlo, valíase del oro igualmente que del hierro. Así, pues, en concepto de Olimpias, trataba de abstraerlo á sus trabajos y de reprenderle para

que no usase contra él aquellos artificios usados por él contra hijo y madre. A fin de mostrarle cuán verdadero su juicio maternal resultaba, le dijo que tratase de captar á su padre para un matrimonio desigual, y vería cómo se indignaba de que le pasara por las mientes darle consuegros bárbaros, cuando él nunca observara lo mismo que persuadiera, pues á precio de prosperar poder, gloria y fortuna, casóse con mujeres de la más inferior extracción, allá por el país de los ilirios y de los getas, engendrando ellas muchos hijos naturales competidores de Alejandro. También Filipo trataba en esto de contrastar á Olimpias con empeño, diciéndole al hijo cómo debía proceder de blando entre tantos competidores, á los cuales tocábale de seguro exceder por su valor y por su virtud para que creyese todo el mundo provenía la corona futura más de sus méritos que de su padre y su nacimiento. Tal materia de controversia continua divoreció los ánimos en el matrimonio, antes de que los divorciara el sendo apartamiento en que habían caído uno de otro los esposos. No se soldaban las quiebras hechas en estas mutuas competencias. El rompimiento llegó al cabo, rompimiento escandaloso y á la monarquía nefasto de todo punto. En estas riñas obsérvase cómo el natural de Olimpias aventaja y supera en violencias al natural de Fili-

po. Éste refrenaba los ímpetus de Alejandro, mientras aquélla los impelía. El uno predicaba moderación y la otra venganza. Con su propio hermano, rey del Epiro, trabajaba Olimpias, persuadiéndole al odio y al combate implacables contra Filipo. Pero éste, muy avisado y muy conocedor en su larga experiencia de todo el mal que podía causarle aquella enemistad terrible de su cuñado y vecino, púsose á desarmarlo, y para más tenerlo á su lado y obligarlo consigo le dió en casamiento una de sus hijas.

No cuadraban bodas y banquetes á la estrella de Filipo. En sus propias nupcias con Cleopatra estalló la cólera de Alejandro, y en estas nupcias de su propia hija con su cuñado, la conspiración de largo tiempo urdida sobre su corona y sobre su cabeza. Los descontentos abundaban mucho en la corte de Filipo, como suelen abundar en casi todas las cortes asiáticas. Tantos hijos naturales, tantas mujeres en el harén, tantos gobernadores de provincias, los innumerables pretendientes nacidos de las múltiples ambiciones aglomeradas en aquellos centros de poder, debían dar de sí una conjuración permanente, y esta conjuración permanente un atentado irremediable. Como protagonista de todas las maniobras allí fantaseadas, como puño de todos los golpes dados, como agente principal de todos